

El Roncalés Valle de Belagua y sus cercanas cumbres

Toda la zona montañosa de Navarra es rica en belleza natural, lo mismo en bosques y ríos que en montes, valles y parajes pintorescos.

Nosotros, los aficionados a recorrer macizos montañosos, hemos cruzado diversos valles navarros; Araiz, Ulzama, Baztán, Larraun, Araquil, etc., todos típicos, netamente vascos, y rebosantes de ese jugoso verdor, tan propio de nuestra región. También durante nuestras correrías montañeras hemos pasado muchas horas por las frondosidades de Quinto Real, Urbasa e Irati, ricas en arbolado y silvestre encanto, pero, sin ninguna duda, de las excursiones que más gratos recuerdos conservamos es de las efectuadas a Belagua, encaramándonos a sus cimas circundantes.

Por ello he creído oportuno ocuparme un poco de ese paraíso pirenaico que tenemos en Roncal, en la esquina N.E. de la provincia, lindando con Francia y Huesca. Allí precisamente se encuentra Belagua, como el más digno final del mejor rincón montañoso de Navarra.

Es un valle este de Roncal, antaño Erronkari, compuesto de unos pueblos ricos arropados por los contrafuertes del recio eslabón roncalés en la grandiosa cadena pirenaica. Y en uno de ellos, también llamado Roncal, nació el gran cantante Julián Gayarre.

Las erguidas montañas roncalesas se separan escasamente, y surcando sus abruptos contrafuertes descienden las frías y cristalinas aguas del audaz río Esca. Y sobre ellas tenemos la carretera, que une al valle con el resto de la provincia.

Los roncaleses son nobles y fuertes, y en su carácter se nota pronto una fuerte dosis de influencia aragonesa. Trabajan el campo, cuidan el ganado, de fina estampa y muy codiciado todo él, tienen especialidad en elaborar y curar queso, y también se dedican a las labores forestales. Muchas veces hemos visto en aquellos frondosos bosques cómo unos fornidos brazos derribaban hayas y pinos. Después, veíamos grandes pilas de troncos en los cargaderos de la carretera y en las orillas del río. Ahora ya, los camiones potentes y el progreso casi han acabado con el



El Valle de Belagua desde la Carchela.

(Fot. F. Ripa)

Borda de Juan Pito y el rocoso picacho de la Carchela.

(Fot. J. Ojanguren).

transporte fluvial, típico en Roncal, pero algunas primaveras todavía pueden verse descender por el río largas balsas de maderos, llamadas almadías, que son conducidas de forma arriesgada y emocionante por los rudos almadieros, que a su llegada al pie de las torres de La Pilarica pueden cantar aún recias jotas

roncalesas. La nieve del Pirineo, al fundirse y enriquecer el caudal del río que les vio nacer, les animó y llevó hasta el Ebro velozmente y sin necesidad de carburante.

Las moradas de los habitantes del Roncal son robustas, con tejados muy inclinados que nos hablan de la crudeza de los inviernos a causa de la nieve, son típicas todas ellas, y poseen la vitola característica de la casona pirenaica.

El colorido de los vericuetos de Roncal es muy igual, pero también muy sugestivo y original. A derecha e izquierda de la carretera que nos conduce a Isaba, unas casi verticales paredes que se elevan sin límite se engalanan primorosamente con apretados bosques de pinos y abetos, y de trecho en trecho asoman murallones o salientes bravíos de plateado peñasca, componiendo todo ello una incomparable visión, como un preludio de la grandiosidad de las montañas que por el N. protegen al valle roncalés.

Y aunque hasta Isaba todo es bello y abrupto, no habremos visto lo bueno, lo mejor de Navarra y Roncal, hasta que nos situemos en el valle de Belagua, cruzando el desfiladero de Las Ateas, donde hoy en día existe una carretera que borró el antiguo camino romano, al parecer testigo de las horrendas luchas entre roncaleses y baretoneses, promovidas hace muchísimos años por la inicial invasión salvaje de los segundos al Valle del Roncal. Del armisticio, logrado muchos años más tarde, data el histórico y reconciliador «PAX-AVANT» (Paz de hoy



en adelante), que todos los años se confirma con la asistencia de los alcaldes roncaleses y baretoneses (de Francia) el día 13 de Julio, con motivo del pago del tributo por parte del Valle de Baretona al de Roncal, consistente en tres vacas. Esta tradicional ceremonia se celebra año tras año en el Puerto de Hernaz, donde se halla la conmemorativa piedra de San Martín, muga con Francia núm. 262, sobre la que colocan sus manos los alcaldes prometiendo paz en el futuro.

Y al finalizar la carretera, ya en pleno valle de Belagua, nos encontramos dominadores, ya no nos aprisionan rocosos acantilados ni desnudos murallones que parecen ir a derrumbarse, todo lo contrario, la llanura es amplia, pintoresca y apacible, y aunque ante nosotros se alzan majestuosas montañas, éstas se alejan un poco, y nos tienden hacia el llano unas laderas agradables donde la vegetación impera.

De momento, la visión de Belagua nos recuerda un poco esos rincones alpinos que Suiza y Saboya tienen al pie del colosal macizo de los Alpes, y que el cine y la propaganda turística helvética nos dan a conocer. No exagero en la comparación, estoy seguro de ello. Durante mis andanzas por Pirineos me ha tocado visitar valles de las estribaciones, algunos, sitios de gran fama, con hoteles acogedores y diversos alicientes para el turista, y además no exentos de belleza natural, pero ninguno posee esa paz bucólica que reina en nuestro paraíso roncalés, ni esa grandiosidad tan salvaje e incomparable de

las cumbres que circundan el más apartado valle navarro.

Allí no encontraremos hoteles ni piscinas, y menos aún butacas de reposo en la pradera, sólo unas pocas bordas y cabañas del más puro estilo roncalés se pierden en la inmensidad del valle, cuajado de prados, tierras de labranza, cantarines arroyos que nutren el río Belagua, bosques, vegetación ilimitada, flores silvestres, rebaños, y animosos pastores. Y todo ello entre gigantescos montes que tienen la marca inconfundible del Pirineo: arrogancia, elevación y personalidad. La Carchefa, Lácora, Arlás, Anié, Añelarra, La Mesa de los Tres Reyes, Paquiza de Linzola, Chamanchoa o Maz, Ezcaurre y Larrondoa, con sus contrafuertes, son las eminencias que se elevan sobre el pintoresco y apacible Belagua, rebosante siempre de sugestivo y perenne verdor.

La conquista de todas las citadas cimas puede iniciarse desde el valle. De entre las citadas, destacan principalmente el Anié y La Mesa de los Tres Reyes. La primera se halla ya en territorio francés, tiene 2.504 metros de elevación y para culminar la cima del Aunemendi o Montaña del Cabrito, co-



La Mesa de los Tres Reyes (2.434 m.) altitud máxima del País Vasco-Navarro

mo se le llama también, hay que atravesar un buen trecho del infernal terreno de Larra, inhospitalario y bravío como pocas zonas del Pirineo. A la Mesa ya es más fácil la ascensión, y su conquista siempre constituye un motivo de satisfacción para el montañero navarro, pues no en balde es la cota

reina de Navarra. Es magnífico en este sector pirenaico-roncalés recorrer sus altas cimas, en las cuales casi todos los años el invierno deja para el verano unos blancos y coquetones recuerdos, alcanzar la cúspide de cualquiera de aquellas moles erguidas de más de dos mil metros, y contemplar mientras descansamos en un collado todo el cercano sector central de Pirineos, cuajado de erizadas crestas, aflados picachos, neveros, lagos, y maravillosos mares de brumas bajas, pero creo que no hay nada comparable con los descensos hacia el llano después de haber conquistado alguna empinada cresta cimera y haber dominado desde su atalaya toda la grandiosidad de la Naturaleza. Solemos descender cruzando apretados bosques, a sabiendas de que la excursión no concluye con el descenso, pues casi siempre hay que seguir caminando por la llanura del amplio valle. Y este nos recibe acogedor como un confortable albergue, rebosante de encanto silvestre, risueño de tonalidad, pletórico de armonía y paz, sin barullos ni estridencias. Solo se escucha a intervalos los gritos de los pastores, la algarabía de los rebaños, siempre dúziona y melodiosa, la canción del puro

torrente o el silbar del viento que penetra por los collados.

Antes de terminar me ha parecido justo recordar un momento a un gran hombre roncalés: Elías Garde (q.e.p.d.) Decidido y noble como todos los de su tierra. Desde muy joven cuidó ganado en Belagua y en las zonas altas de Larra. Como él nadie ha conocido los parajes citados. La ruta de Anié la conocía palmo a palmo, caminaba por aquellos laberintos de rocas y pinos carbonizados por los rayos con

la ligereza de un danzari, no conocía la fatiga, era el mejor guía roncalés, además muy aficionado y enamorado de las cumbres, y el ideal compañero en marchas de envergadura. Una traidora enfermedad le obligó a abandonar Belagua, y en su casa de Isaba, al pie de Ezcaurre, el coloso que le viera na-

cer, falleció todavía joven. Perdimos un buen amigo, una gran persona, y el mejor conocedor de los montes de Belagua. ¡Descansen en paz!

Y mucho más se podría escribir para elogiar el Roncal, que además de sus muchas bellezas, encierra en su demarcación un pintoresco valle, digna e ideal base para aquel sector del paraíso montañoso de Pirineos, en el que tenemos unas colosales cimas.

Todo en conjunto; valle apacible y rebo-

sante del más puro y original encanto, y cumbres majestuosas e incomparables por su altura, aspecto y arrogancia, hacen que Belagua, y el Roncal, sean la zona ideal para el montañismo y las salidas turísticas, digna de ser visitada como otros rincones de la provincia, y también de ser protegida cual Parque Provincial por la Excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, ya que sin duda alguna el Roncal debe ser el orgullo de los navarros.

ANGEL OLORÓN

DEL CLUB DEPORTIVO NAVARRA

«DOLMENES EN LANDARBASO»

(Viene de la página 61)

—Mira—me dice pasando con rapidez las páginas—aquí, la planta y el corte del dolmen... Una foto obtenida en el curso de la excavación. Más adelante, en la página 33, el dibujo a su tamaño natural de los cuchillos de sílex encontrados; otra pieza de piedra en la 34 y un hacha pequeña y perfecta en la foto de la página 40 donde se presenta en comparación con otras de distintas procedencias...

Es fácil observar detalles de que esto ha sido removido y estudiado; realmente sería emocionante presenciar la escena de la búsqueda de los cuchillitos en el cernido trabajoso y lento de las tierras extraídas de la cámara del monumento...

...En la dirección de San Sebastián, por encima de Santiagomendi, veo avanzar una masa de nubes color plomo, a baja altura. Adivino la galerna. José se muestra apesadumbrado. Quería llegar en el día a Santiagomendi para recrearse con la panorámica que acompaña el trabajo de los dólmenes de IGOIN-AKOLA en «Munibe», pero el tiempo estropea su plan—y yo me tranquilizo—.

Replegamos nuestras cosas y descendemos, por el camino del caserío a «Epel-erreka» para alcanzar el que trajimos a la mañana cuando los primeros truenos de la tormenta entenebrecen el ambiente.

CARLOS MENAYA

SECCIÓN DE PROFAGANDA DEL GRUPO DE
CIENCIAS NATURALES DE «ARANZADI»